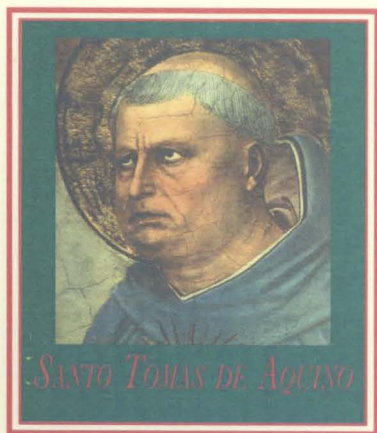




UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU



De como Fray Tomás brilló en santidad y sabiduría

por

Fray José Luis Gago, O.P.

Presentación

Prof. Dr. D. José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala

LECCIÓN MAGISTRAL

Festividad de Santo Tomás de Aquino, 28 de Enero de 1997

PRESENTACIÓN

Prof. Dr. D. José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala
Vicerrector de Ordenación Académica, Profesorado e Investigación



Celebramos hoy la festividad de Santo Tomás de Aquino, Patrono de la Universidad y quiero empezar felicitando a todos por contar con la presencia del Padre José Luis Gago, al que agradezco su participación en este solemne acto.

Nos congratulamos de poder compartir estos momentos con él, con su personalidad y su vocación y nos sentimos gozosos por el tema que ha elegido para su lección magistral.

El Padre José Luis que es sacerdote, pertenece desde al año 1951 a la Orden de Predicadores, cuenta con tres Licenciaturas: Teología, Filosofía y Periodismo y nadie mejor que un dominico para hablar en un acto universitario y glosar la figura de Santo Tomás de Aquino.

Los dominicos son probablemente la Orden con más tradición y presencia a lo largo de la Historia de la Universidad. Podemos recordar que dominico eminente fue San Alberto Magno, Patrono de la Facultad de Ciencias Experimentales, también lo fue San Raimundo de Peñafort, Patrono de la Facultad de Ciencias Jurídicas y de la Administración, dominico era así mismo San Vicente Ferrer, Patrono de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

En relación con nuestra cuarta Facultad universitaria cuyos Patronos son San Isidoro y San Francisco de Sales, puede afirmarse sin duda que la obra científica y universitaria de los dominicos es inseparable del desarrollo de las Humanidades en el pensamiento occidental y europeo. Podríamos decir en conclusión, que toda nuestra Universidad está impregnada del espíritu de la Orden Dominicana a la que perteneció Santo Tomás de Aquino y a la que pertenece el padre Gago, del que además de su personalidad, contamos con su vocación.

El padre José Luis Gago, es un experto en periodismo religioso radiofónico: muy pronto ya en 1969 con treinta años es director hasta 1970 de Radio Popular de Pamplona. Sucesivamente será delegado diocesano de medios de comunicación social de Navarra, prior del convento de San Pablo

de Valladolid y delegado nacional de medios de comunicación social de los dominicos. En la Cadena COPE ha sido Director de la Emisora de Valladolid, Director General de la Cadena entre 1981 y 1984 y en la actualidad es Director de Programación e Información socio religiosa de la mencionada red de emisoras.

Además, debo citar otros aspectos de su carrera:

- Director del Programa religioso “Pueblo de Dios” en TVE desde 1995.
- Premio “Ondas de Radio, por el programa “El Espejo”.

Tengo el convencimiento de que Santo Domingo de Guzmán fundador de los Dominicos, ha de ver con una enorme complacencia esta labor de apostolado y periodismo religioso a través de las Ondas.

Hagamos un poco de historia. El padre Gago ejerce su apostolado fundamentalmente a través de la palabra hablada y en los espacios abiertos, pues bien, me parece que ésta es una de las características fundacionales y quizás la original de la Orden de Predicadores.

Santo Domingo de Guzmán la concibió básicamente como una Orden de Predicadores desde luego, pero como una Orden de Predicadores *“itinerantes”*.

Tras las campañas apostólicas y predicaciones de su fundador por los caminos del Languedoc, los Dominicos nacen en ese siglo XIII, que se ha calificado de encrucijada religiosa y cultural. Ciertamente ya existían grandes predicadores, recordemos el nombre de San Bernardo, en las órdenes monásticas y en las congregaciones de canónigos regulares, inspirados en la regla de San Agustín, pero esta predicación era por decirlo de una manera gráfica, una predicación estabulada y situada en locales concretos, los monasterios, las iglesias y las parroquias. Había que salir a los caminos y predicar el evangelio con el espíritu apostólico y con una erudición teológica y filosófica que ya fue exigida, por el Concilio de Letrán de 1215 como ha recordado entre otros el ilustre dominico padre José María de Garganta, en una introducción general a las biografías reformadoras de Santo Domingo de Guzmán. Dicho Concilio inspirado por la obra reformadora de Inocencio III manifiesta en varios de sus cánones (X al XIII), la necesidad de llevar la predicación del evangelio con rigor y eficacia a las muchedumbres, inquietud tan viva en la historia de los Dominicos que precisamente fue llamado así, éste es, predicador de muchedumbres, nuestro ilustre San Vicente Ferrer.

En todas las biografías contemporáneas de Santo Domingo se habla del llamado "pentecostés dominico" referido al día 15 de agosto de 1217. Es significativo los términos con los que de manera coincidente el beato Jordán de Sajonia, Pedro Ferrando o Constantino de Orbieto, aluden a la *táctica de la dispersión*, los dominicos nacen para predicar dispersos, repito una vez más, yendo a la búsqueda de la gente y a través de los espacios abiertos. No me negareis que bien podría invocarse esta historia y este espíritu para designar a Santo Domingo de Guzmán, patrono del periodismo radiofónico (si no fuera porque ya está preconizado otro santo de la iglesia católica para ese patrocinio), de manera semejante a como San Francisco de Sales fue el apóstol y hoy patrono del periodismo escrito a través de sus "Controversias", que eran unas hojas sueltas, pequeños periódicos de propaganda católica.

En esta tradición dominicana encaja perfectamente y con la máxima fidelidad la vocación de periodista radiofónico del Padre Gago, que a través de las Ondas utiliza los poderosísimos medios de comunicación radiofónica para ir a las *muchedumbres* a través de los espacios abiertos, como le hubiera gustado hacerlo hoy a Santo Domingo de Guzmán y en este sentido me gustaría destacar que el Padre Gago es el autor de unos preciosos libros que recogen en forma de "*Miniaturas*" los textos que ha venido emitiendo en esa entrañable hora del *Ángelus* y a través de la COPE. Son unos textos breves, preciosamente escritos con unos mensajes de auténtico humanismo cristiano. Algunas de estas "*Miniaturas*" me parecen particularmente importantes para los profesores universitarios, permitidme que lea una de ellas.

*Deja que la palabra salga bruñida y limpia de tu boca,
Que tu mente la engendre entretejida de verdad,
Que el corazón la aliente con el amor más ancho
y brote de tu paladar
con el perfil incontundible de lo auténtico.
Que el tono de tu voz sea templado y cálido.
Que todo lo que digas sea terso y amable,
sin esquivas o aistas que rocen la piel de tu hermano.
Así, toda palabra que salga de tu boca
será lejana imagen, -pero imagen, al fin-
de la Palabra eterna que se hizo carne nuestra.*

El padre Gago en su intervención, nos va a hablar de "*De como Fray Tomás brilló en santidad y sabiduría*". Decía nuestra Santa Teresa de Avila que la humildad es la verdad, este pensamiento sugiere que solo el auténtico santo, esto es, humilde, puede ser realmente sabio o sea poseedor de la verdad.

Santo Tomás de Aquino fue un gran santo porque fue humilde y fue un gran sabio porque amó profundamente la verdad.

En las "Vidas de los frailes predicadores" De Gerardo de Frachet, se contiene la siguiente frase como pronóstico sobre lo que sería la Orden de Predicadores y que se cumplió al máximo para Santo Tomás de Aquino: *"yo os anuncio la palabra de Dios pero pronto vendrán quienes os predicaran con verdad porque de ello tendrán el oficio, la ciencia, la vida y el nombre"*.

Muchas gracias Padre José Luis Gago por hacernos revivir hoy en su conferencia toda esta riqueza de la personalidad de Santo Tomás de Aquino



*De como Fray Tomás brilló
en santidad y sabiduría*

*por
Fray José Luis Gago, O.P.*

Presentación

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector.

Excelentísimo Señor Canciller.

Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de Estado.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo Auxiliar de Madrid.

Patronatos de la Universidad San Pablo y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU.

Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas. Claustro Académico.

Alumnos de la Universidad.

Señoras y Señores.

Agradezco, en primer lugar, al Ilustrísimo Señor don José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala las palabras que me ha dedicado, expresión más de su magnanimidad que del rigor, más de su liberalidad que de la exactitud. Sabido es que los mejores, precisamente porque son mejores, son los más amables. Gracias.

A modo de presentación les diré a ustedes que, en un primer momento pensé pedirles disculpas por no plantear mi disertación en los altos niveles de la especulación intelectual, filosófica o teológica que ustedes seguramente esperaban y que, desde luego, merecen. La tradición de este acto cultural, el marco institucional, las características académicas de profesores y estudiantes... todo incitaba a mantener, si no a elevar, la tesitura de este discurso. Decidí, sin embargo, derivar por un camino descriptivo, menos espectacular, más humilde y, por ende, de más benévola acogida. No disertaría sobre cuestiones disputadas ni sobre la controvertida realidad contemporánea a la luz de los grandes principios de la filosofía perenne. Entre otras razones porque no es el camino por el que yo circulo habitualmente; la alta especulación, la investigación no han sido nunca geografía para mis pasos; incluso la docencia universitaria fue actividad a la que llegué empujado y no convicto, y de la que me retiré con mala conciencia de intruso después de diez años como profesor ayudante (no más categoría) de Ética y Deontología de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Por todo ello me he decidido por lo más directo y periodístico: aplicar al personaje, objeto de nuestra consideración la fórmula del periodismo sajón, de los cinco Who's (quién, qué, cuándo, dónde y cómo) que todo periodista, experto o aprendiz, debe indagar para abarcar la realidad sobre la que realizar una información.

Con la particularidad de que ese “hallazgo sajón” de los cinco Who’s no es tal invento, sino una incompleta transcripción de lo que en la Lógica formal aristotélica se denominan predicamentos lógicos o categorías: diez preguntas referidas a todo sujeto de proposición: quis, qualis, quantum, ad quid, quando, ubi, quid agat, quid patiat, quo habitu sit y quo situ sit. Comprendiendo todo cuanto puede ser atribuido a un sujeto, y según esta división aristotélica, los predicamentos expresan efectivamente todo lo que puede decirse que es un ser: dichos predicamentos son metafísicos y lógicos, antes que periodísticos; griegos, antes que americanos.

Pero no teman que vaya a agotarlos; dejaré los diez predicamentos aristotélicotomistas; incluso los cinco Who’s periodísticos, y los reduciré todos ellos a uno solo, a una sola pregunta: “quién”. En la respuesta aparecerán elementos modales y circunstanciales suficientemente significativos para que se renueve en nosotros el recuerdo de un “quién” poderoso, sólido, granítico a la par que átable, sensible, humano y religioso.

La disculpa inicialmente retirada ante ustedes por bajar el listón intelectual de este parlamento, vuelve sin embargo a plantearse ante el despropósito de mi intento: perfilar lo incontenible. Admito la validez del aforismo clásico: “Omne individuum est inefabile”. Las dimensiones de cada individuo hacen que su comprensión sea casi infinita y por tanto indefinible. Es imposible agotar las notas inteligibles que posee el individuo y dar razón de ellas. ¿Cómo, entonces, y por qué esta osadía de presentar y describir, con inevitable desgarbo, a un “quién” tan “inefable”?

Por una inexcusable razón: “no puede ocultarse ciudad asentada sobre un monte, ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero; para que alumbré a cuantos hay en casa. Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres -concluye Jesús-; para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mt. 5, 14-26) Y ante los jóvenes, además, como propuesta alternativa a tantos, tan frágiles y tan efímeros estereotipos como les son propuestos.

A fuer de ser sincero, no debo ocultarles otra razón de mi evasión especulativa hacia la información sobre santo Tomás en clave periodística de “interés humano”. Me mueve, lo confieso, un irreprimible afán proselitista, por cierto, inusual entre los dominicos.

Un prototipo de humanidad, de universidad (disciente y docente), de religiosidad como Fray Tomás de Aquino debe ser propuesto, especialmente en ámbitos como en el que nos hallamos, con naturalidad y con una punta de provocación.

Por todo ello, dejo a los maestros las altas lecciones, e intento una sencilla descripción

■ “DE CÓMO FRAY TOMÁS BRILLÓ EN SANTIDAD Y SABIDURÍA” ■

Doce hijos a comer en la mesa de los Condes de Aquino. Tomás, el menor de los siete varones, nace el año 1225. A los cinco años ingresa como oblató en la abadía benedictina de Monte Casino. Era ésta una medida común en las familias nobles: el hijo menor, al estado eclesiástico. Landolfo de Aquino pretendía algo más que mantener una costumbre o facilitar a su hijo una salida prestigiosa. El pequeño Tomás vendría a ser el diplomático que estrechara los vínculos políticos entre los señores de Aquino y el poderoso abad de Monte Casino. Y, con el tiempo, soñaba su padre, podría llegar a ceñir la mitra abacial, con lo que la fortuna y el poder de su familia quedarían redondeados y firmes.

A los catorce años marcha Tomás a Nápoles, en cuya Universidad frecuenta la Facultad de Artes. Cuatro años dedicado al estudio de la Filosofía. Allí entra en contacto con frailes de una “nueva Orden” que regentan cátedras de Teología. En el nuevo modo de vida religiosa encontrará su camino: armonía entre el estudio y las observancias monásticas.

A los diecinueve años, muerto su padre y presintiendo la oposición de sus hermanos, Tomás ingresa en la Orden de los Hermanos Predicadores. Nápoles, Roma, Bolonia... Ciudades para la huida y para la persecución. Su madre envía a sus hijos en busca de Tomás. Atrapado, es conducido a la fortaleza de Roca Seca. Su madre le halaga, no le violenta. Le brinda dos caminos: el seglar -podía ser Justicia como su padre- o el monástico: monje benedictino, implícita siempre la mitra abacial para el futuro; pero nunca fraile mendicante. Año y medio recluso en Roca Seca. A finales de 1245 Fray

Tomás se descuelga por la ventana de la fortaleza. Abajo, un dominico y dos caballos. Al momento se escucha un galope vertiginoso: Tomás huye a Nápoles. De allí parte para Bolonia donde estudia teología. Dos años más tarde es enviado a París. Al año siguiente, en Colonia, entra en contacto con el Magno Maestro Alberto. A los veintiséis años es nombrado Bachiller-Bíblico en la Universidad de París. Siete años de cátedra en la ciudad del Sena. Nueve años de profesor en el Estudio General de la Corte Pontificia. Vuelve a París a regentar la Cátedra de Teología, y a los cuatro años, el rey Carlos I de Anjou le lleva a la Universidad de Nápoles. Al año, emprende viaje para asistir al Concilio de Lyon, y el 7 de marzo de 1274, a los cincuenta años recién cumplidos, murió.

Todo esto no es más que el andamiaje, rígido e insuficientemente expresivo de una vida. Entramadas en ese esquema palpitan las razones y la hondura humana, las motivaciones y la intensa pasión vocacional. Nada es tangencial en la vida de los hombres. Todo incide vitalmente, condicionando el proceso humano: el tiempo en que se vive, la estructura cultural, la trayectoria social, la economía, la atmósfera doméstica, la mentalidad predominante en el entorno... todo condiciona la personalidad. Tomás de Aquino no se sustrajo a todo ello. Por el contrario, vivió zambullido y esponjado en cuanto le rodeaba.

Hay en su vida cuatro o cinco conocidas anécdotas que perfilan su talante y su personalidad.

- Es la primera, el incómodo acoso con que cercaba a los monjes de Monte Casino durante su primera adolescencia: ¿Quién es Dios? inquiría a unos y a otros. “¿Quid est Deus?” afinaba en su inquisición. El que haría de la esencia de las cosas el blanco de su posesión intelectual, comienza la búsqueda racional por el vértice del ser. “¿Qué cosa es Dios?": anticipaba así la Segunda Cuestión de la Primera Parte de la Suma Teológica donde, treinta años más tarde resolvería aquel incisivo interrogante que él mismo planteara a los monjes de Monte Casino: “Si la existencia de Dios es verdad de evidencia inmediata... Si se puede demostrar la existencia de Dios... Si Dios existe... Si hay en Dios composición de materia y forma... Si Dios es lo mismo que su esencia... Si en Dios se identifican la esencia y la existencia...”

¿Una ocurrencia infantil? ¿Una pregunta pedantuela?. Tan solo una anticipación lúcida y vigorosa y un indicador de su potencia intelectual.

- Otra situación definitiva es su ingreso en los Dominicos. A los diecinueve años, y pocos más de la fundación de la Orden, decide resueltamente ingresar en la nueva y revolucionaria Orden Religiosa. Contra todos los vientos. Ni el secular prestigio abacial de Monte Casino, ni las posibilidades políticas del título, ni la apetencia de la prebenda, ni la presión fraterna, ni la tierna indicación de su madre pudieron desarraigar su extraña decisión.

Piénsese que los frailes mendicantes recién aparecidos cabalgaban sobre la oposición de sus innovaciones. Máxime, habida cuenta de las nuevas formas, discutidas por vanguardistas e insólitas que ellos propugnaban. Los Dominicos, sustituyendo el trabajo manual (campo y miniatura), por el intelectual, ocupaban cátedra en todas las universidades de la Europa medieval. Al propio Fray Tomás le correspondería la parte más enconada y polémica de esta lucha. Todo esto no hizo más que estimular la vocación del que en otras circunstancias no habría pasado probablemente de un rollizo abad de Monte Casino.

Aventura, aunque con fondo, la corrida en su encierro en la fortaleza de Roca Seca. Era tal el deseo familiar por distraerle de los Dominicos, que en su intento utilizaron todos los medios de disuasión. El apasionamiento les forzó a servirse de uno de los más socorridos recursos para cambiar la decisión de Tomás. Introdujeron en su estancia a una joven para que con sus zalamerías removiera la entraña viril del mozo. Era la última y, por simple, más segura flecha de la aljaba de los de Aquino. Los 20 años son los 20 años y Tomás los tenía vigorosos y sin estrenar. Él, que durante su prisión doméstica, había convencido a su hermana Marotta para que ingresara en las Benedictinas de Capua, habría intentado algo análogo con aquella moza. Pero le molestó la tosquedad; él era un muchacho con tanta sangre como cualquiera pero no era imbécil. Tenía tan ordenadas sus potencias que la razón y su dignidad encendieron en sus manos el tizón con que ahuyentó a la campesina. Cuenta la leyenda -y dispéñeme si no lo creo- que dos ángeles bajaron del cielo y le ciñeron con cíngulo de perpetua castidad. No. La castidad de Tomás fue batalladora y ardiente durante toda su vida; pero le fue relativamente fácil: como lo fuera en aquella densa hora

postmeridiana de Roca Seca. La castidad de Tomás, como todas sus virtudes, fueron conquista de cada hora, y fruto, eso sí, de la jerarquización moral de sus potencias y de sus actos humanos: la razón, y la fe por encima.

La escena en el castillo de Roca Seca volverá a la memoria de Fray Tomás cuando redacte el artículo 3 de la Cuestión 81ª de la Primera Parte de la Suma Teológica. Este es su encabezamiento: *Utrum irascibilis et concupiscibilis obediant rationi*: si el apetito concupiscible y el irascible obedecen a la razón. Al contrario que en los animales, el hombre no se mueve inmediatamente a impulso del apetito irascible y del concupiscible, sino que espera el mandato del apetito superior que es la voluntad. De hecho, en todas las potencias motoras, ordenadas la una a la otra, el motor secundario no se mueve sino en virtud del primero: por eso el apetito inferior no basta para mover, hasta que lo consienta el apetito superior. Es así como el apetito concupiscible e irascible están sometidos a la razón. De ahí que el joven Tomás ni se echa en brazos de la moza ni la emprende con ella a violentos tizonazos: ni concupiscible ni irascible: razón, voluntad, virtud. Culmina esta aventura con otro rasgo que evoca la figura de Pablo de Tarso descolgándose por la muralla de Damasco. Tomás se deslizó de una maroma hasta la base del castillo, donde le esperaba un fraile predicador con dos caballos enjaezados. Cuando una persona conoce su vocación no hay murallas ni fosos que la detengan.

- Cuentan igualmente sus biógrafos que en cierta ocasión no pudo rehusar la invitación a compartir la mesa del rey Luis IX de Francia. Fray Tomás era amable y discreto. Pero en verdad el tono ruidoso y galante de aquel convite cortesano no le iba al fraile, avezado al silencio del refectorio conventual. Pasados los primeros momentos de conversación convencional y artificiosa, los compañeros de mesa del fraile italiano prefirieron entablar diálogo con el comensal del lado opuesto -quizás atractiva dama o caballero de heráldica influyente-. El caso es que, adelantada la comida, Fray Tomás, como saliendo de un sueño de intensa reflexión, descargó sobre la surtida mesa un fuerte puñetazo que derribó el fino cristal con vino de Bourdeaux. Y, con voz recia y segura exclamó: “Esto acabará con los maniqueos”. Pasma, extrañeza, embarazo... San Luis, el rey, hábil anfitrión y buen conocedor de Fray Tomás, resolvió airosamente la situación. Mandó a uno de sus amanuenses que transcribiera los argumentos que bullían en la mente de Fray Tomás, mientras los pajes enjubonados servían las jugosas frutas meridionales.

Santo Tomás tenía una función ebulliscente y continua: la de pensar. Era esta una función vital, casi biológica. Apasionado cazador de la verdad, la persigue incansable. Para él no existe mejor labor ni placer más apetitoso que la búsqueda de la verdad.

“Conclusum est contra maniqueos” Aquí está Fray Tomás persiguiendo la verdad y atrapándola entre sus manos. Los hombres, explica en la Cuestión 79 Artículo 8 de la Primera Parte de la Suma, llegan al conocimiento de la verdad inteligible pasando de un concepto a otro; proceso que no realizan los ángeles, por ejemplo; por cuanto ellos perciben la verdad de las cosas directamente, ya que su “entender” no es otra cosa que la simple aprehensión de la verdad. Para conocer la verdad, el hombre está dotado de una facultad “venatoria”: así, “razonar” es proceder de un conocimiento a otro. El raciocinio humano, cuando sigue un proceso de investigación, parte de los primeros principios o verdades inmediatamente entendidas, para volver después, por vía de juicio, a la comprobación de la verdad descubierta con esos mismos principios. Un proceso apasionante, capaz de introvertir al pensador, al “sabio distraído” en medio de una cena medieval o en el fragor de un vagón de Metro.

- En otra ocasión se encontraba Fray Tomás en Bolonia, huésped del convento dominicano, probablemente en un descanso de su viaje a París a primeros de diciembre de 1268. Otro fraile, también de paso y que no conocía a Fray Tomás, se lo encuentra en el claustro, paseando, absorto en sus pensamientos. El tal fraile había conseguido permiso del prior para salir del convento a resolver algunos asuntos menores, acompañándose, le dijo, del primer fraile que se encontrara y que no fue otro que Fray Tomás.

- “Buen fraile: dice el prior que me acompañéis a la ciudad”.

Fray Tomás, cuenta el testigo Guillermo de Tocco, con una inclinación de cabeza le siguió. Aquel frailecillo tenía un caminar ligero: “Venga, muévase, hermano: tenemos muchas cosas que hacer”, le decía. Fray Tomás se excusa y se esfuerza en seguirle. Algunos boloñeses que conocen a Fray Tomás no salen de su asombro al ver al gran maestro caminar fatigosamente detrás de un fraile, desde luego de menor rango. Alguien se lo explica. Las excusas y disculpas del azorado fraile no tienen fin, mientras Fray Tomás sonríe benévolamente.

Los boloñeses se admiraron de esta sencillez; ignoraban que Fray Tomás acompañaba a su atolondrado hermano por algo mucho más hondo que la cortesía o la simplicidad.

No lo había redactado aún, pero tenía clara la razón de aquella su disponibilidad: no era otra que el argumento que poco después redactaría en el Artículo 2 de la *Secunda Secundae*: “es la obediencia virtud especial, cuyo objeto propio es el mandato tácito o expreso. Porque la voluntad del superior, de cualquier modo que se manifieste, es un cierto mandato tácito; y tanto más diligente parece la obediencia cuanto, al obedecer, más se adelanta al mandato expreso, adivinando la voluntad del superior.”

- La magnitud intelectual de Fray Tomás, la tensa elevación de su raciocinio, la penetración de su inteligencia pudieran llevarnos al engaño de imaginarle irio, cerebral, distante. Entre la diversidad de datos que nos refieren hechos y situaciones que contradicen esa imagen, destaco un atributo señalado por sus contemporáneos: su gran sensibilidad. La liturgia de los frailes predicadores se celebraba con himnos, antífonas y responsorios propios de la Orden: el canto gregoriano aunaba las voces y los sentimientos de los frailes en la oración coral. Al entrar la noche se cantaba la Hora del Oficio Divino llamada de “Completas”. Propias del tiempo cuaresmal, destacan antífonas bellísimas cargadas de inspiración y de unción. Sobresale entre ellas la antífona “*Media Vita in morte sumus*”, un canto muy extendido y famoso en toda la edad media y al que se atribuía incluso poder milagroso. Pues bien, Fray Tomás no lograba contener las lágrimas cuando el nutrido coro de frailes, y él con ellos, cantaban la expresiva melodía. “A mitad de la vida estamos en la orilla de la muerte: en tiempo de la vejez no nos deseches, Señor; cuando nos falten las fuerzas no nos abandones, Dios nuestro.” No se avergonzaba Fray Tomás de llorar a impulsos de la belleza y de la presentida presencia de Dios entre los que le alababan con himnos y cantos espirituales.

- Oportuno es recordar al menos la vena lírica de Fray Tomás. Su obra literaria y poética, esencializada en el Oficio para la fiesta del Corpus Christi, ha dejado de sorprendernos a fuerza de tenerla asumida, rezada y profusamente cantada: *Pange Lingua*, *O salutaris hostia*, *Panis angelicus*, *O sacrum convivium*, *Lauda Sion*, etc. son textos clásicos trenzados de galanura poética y de claridad teológica, fruto de una pluma que sólo por estos textos habría merecido el galardón de los poetas. Su hermano Reinaldo,

que sobresalía entre los trovadores de la corte de Federico II, habría deseado versos amorios de semeiante belleza para acompañarse al laúd.

- Una última situación: el día de San Nicolás del año 1273 tiene una visión intelectual de Dios. Tras ella, se niega a escribir una línea más. Transcurre una semana y sólo repite este son: “No puedo, Fray Reginaldo, no puedo.” El prior le ordena una temporada de descanso en el castillo de San Severino, propiedad y habitación de su hermana Teodora, Condesa de Marsico. Vuelto de nuevo al convento, pasadas las Navidades, Fray Reginaldo le insistirá: “Dígame, por el amor de Dios, por qué no puede seguir escribiendo.” Fray Tomás acabó explicándoselo: “Después de lo que Dios me reveló el día de San Nicolás, me parece paja todo cuanto he escrito. Por eso no puedo ya escribir más.” Y así fue. En la plenitud humana y creadora de su inteligencia, a los cuarenta y nueve años, secó su pluma definitivamente. La visión facial de Dios llenó de sonrojo a la inteligencia más poderosa y penetrante. ¿Paja? leed cualquier artículo, cualquier opúsculo, cualquier cuestión de Santo Tomás y ved si es paja o si es grano prieto y fecundo.

De todo ello dan fe sus obras: numerosas y extensas, hondas y densas. Repasemos el elenco, en mera enumeración, de sus obras escritas:

Comentarios: 6 al Antiguo Testamento, 17 al Nuevo Testamento, 5 a diversos teólogos y Decretos Dogmáticos, 12 a Aristóteles, 1 a Proclo, 1 a Boecio.

Obras Personales: Summa contra Gentiles, Summa Teológica, 14 Cuestiones Disputadas, 11 Cuestiones Quodlibéticas, 2 Opúsculos de Sagrada Escritura, 9 Opúsculos de Dogma, 6 de Moral, 5 de Apologética, 2 de Liturgia, 18 Opúsculos Filosóficos, 16 Conferencias y Sermones. TOTAL: 129 obras.

En poco más de 20 años escribió 891 lecciones sobre libros de Aristóteles, 803 de Sagrada Escritura, 850 capítulos sobre los evangelios, 463 capítulos de la Summa contra Gentiles, 2.931 artículos sobre el Maestro de las Sentencias, 1.200 capítulos u opúsculos diversos, 510 artículos en las Cuestiones Disputadas, 260 en las Cuestiones Quodlibéticas y 2.652 artículos en la Summa Teológica con la solución de más de diez mil argumentos. En la edición de Parma ocupan 25 volúmenes in folio y en la parisiense de Fretté 34 volúmenes en cuarto mayor a dos columnas.

Todo esto fue concreción de su dedicación al estudio de la verdad. La verdad, lema que él leyera en el escudo de la Orden de los frailes predicadores, fue su ambición y su entrega. No improvisaba, estudiaba a fondo y luego escribía. Alguna de sus obras sufrieron dos y tres redacciones distintas. Sabía de memoria varios libros de la Biblia y las Sentencias de Pedro Lombardo. Algo análogo le ocurría con las obras de Aristóteles y de San Agustín.



Tomás de Aquino llega a la historia en un momento en que la verdad estaba desgajada. Los filósofos de la época alimentaban su "sofía" unilateralmente, sin preocuparse de su alcance y repercusión en la teología, propugnando incluso la separación y oposición entre ambas. Una misma cosa puede ser a la vez verdadera en filosofía y falsa en teología, afirmaban. La teología no era una ciencia racional sino más bien afectiva, "secundum pietatem", mística. La teología tradicional, codificada en las Sentencias de Pedro Lombardo era hostil al uso de la razón en la explicación de los dogmas, conformándose con ordenar los testimonios de los Santos Padres.

San Alberto Magno, el maestro del maestro, fue el primero que hurgó en esta situación. Pensaba que la filosofía debía cultivarse sobre bases más amplias que las utilizadas hasta entonces: sólo Aristóteles - sólo Platón. Había que lograr una síntesis nueva y superior. El platonismo agustiniano y el empirismo aristotélico eran susceptibles de interacción, sólo respetuosa ante la fe. A su vez, la teología debía servirse de la filosofía en armonía perfecta y fecunda.

Fray Tomás inició tan revolucionaria tarea. Conoció a Aristóteles y le entusiasmó. No se olvide que la aparición de Aristóteles fue considerada como la ruina de las tradicionales "instalaciones teológicas". Los manuscritos griegos habían sido conocidos y utilizados antes por los musulmanes que por los latinos. Y según todas las adherencias que ellos le añadían, Aristóteles aparecía como un filósofo panteísta. De ahí las condenaciones del aristotelismo lanzadas no sólo por los agustinianos, sino por parte de Concilios regionales, e incluso por algún Romano Pontífice. El año 1210 el Concilio de Sens prohíbe la Física y la Metafísica del Estagirita. Gregorio IX (1231) renueva la prohibición "hasta que sea corregido". Urbano VI insistirá en la condenación, movido por los brotes de averroísmo. En el ambiente cultural cristiano de aquella época, el platonismo era la antigua ortodoxia, mientras que el aristotelismo era la revolución modernista

Y Fray Tomás se constituyó en su adelantado. Le encontramos al frente de una revolución cuya envergadura quizás no calibremos hoy en su justo valor. El ancho pecho de Tomás y su frente segura rompían todo el tinglado sobre el que se columpiaba la cultura tradicional, salvando cuanto de válido y verdadero encontraba en sus ruinas. Fray Tomás sabía que las traducciones de Aristóteles llegaban inficcionadas con la filosofía arábica y judía. Por eso buscará un compañero que le vierta al latín, directamente del griego, las obras de Aristóteles. Su sentido crítico y científico fue rigurosísimo; no aceptaba sin examen la atribución de todas las obras que circulaban con sus nombres. De este modo, y en contra de la tradición, desveló la paternidad auténtica de varias obras que, hasta entonces, se atribuían falsamente a determinados autores; cuatro al menos fueron descubiertas por él mismo.

Con estos modos de trabajo y con la clarividencia de su mente inició su magisterio y sus publicaciones. Utilizó todo el material científico y cultural de su época y lo hizo con riguroso respeto y objetividad. Vivió enterado de todo cuanto se había dicho o escrito. No tuvo acepción de personas ni prejuicios de escuela. La búsqueda de la verdad fue su vocación, y la amplitud de criterio su ley. En su célebre Carta a un estudiante resumirá así su pensamiento: "Acepta todo lo que de verdadero encuentres, sin hacer cuestión de dónde ni de quién venga".

Estableció un nuevo método y una doctrina nueva que le valieron hostilidad y persecución. La incorporación de la filosofía a las ciencias sagradas pareció no sólo una secularización sino incluso una profanación.

Su método es lógico, racional, discursivo, sin apoyaturas imaginativas. No hay en sus obras golpes de ingenio, nada emocional. Su camino es la abstracción. Es el suyo, el más racional de los métodos filosóficos utilizados.

En 1270, los teólogos de París impugnaron sus doctrinas. Todavía después de su muerte, el Obispo de París, Tempier, promulga una nueva condenación. Los franciscanos, apegados a la antigua usanza, toman parte preponderante en la oposición. Guillermo de la Mare publica un "Correctorium fratris Thomas", obra recomendada por el capítulo general de los franciscanos a sus religiosos, a quienes se prohíbe poseer y leer la Summa de Fray Tomás. Juan Peckam quiso imponer por la fuerza tal decreto. Santiago Capocci de Viterbo, en cambio, dijo: "Si los dominicos quisieran, ellos solos poseerían la

sabiduría y los demás seríamos unos idiotas, con sólo retirar de la circulación los escritos de Fray Tomás”

Con Santo Tomás, a juicio de Gilson, se inicia el Renacimiento, ya que fue él en verdad quien incorpora lo mejor de la cultura griega a la civilización cristiana. Y el profesor protestante Seeberg ha escrito de él: “Este gran teólogo iba al frente del progreso filosófico, siendo al mismo tiempo el más recio defensor de la tradición de la Iglesia” Santo Tomás es un maestro imprescindible.

Finalmente: Fray Tomás, no fue sólo un investigador especulativo y avanzado. La vida que le tocó vivir estuvo ciertamente tejida de polémicas e intervenciones a la hora de defender la presencia y la docencia de los religiosos en las Universidades. Por entonces, los dominicos regentaban 3 cátedras en la Universidad de París y una los franciscanos, siendo las más concurridas: la de Fray Tomás especialmente. Guillermo de Tocco dirá por qué: “Todo era nuevo en él: nuevos problemas, nuevas conclusiones, nuevos argumentos, nuevas razones, nuevo método, nueva presentación, nuevo orden, nueva formulación”. Tal éxito, concita la ira de los profesores seculares. Cuatro fueron los principales opositores: Guillermo de Saint-Amour, Cristiano de Beauvais, Nicolas de Barre y Odón de Douai. Reuniones clandestinas, denuncias, apelaciones al Papa... todo para arrojar a dominicos y a franciscanos de la Universidad. Inocencio IV, a instigación de Guillermo de Saint-Amour firma una Bula en ese sentido. Ese mismo día sufre un ataque de apoplejía falleciendo pocos días después. Su sucesor rectifica hasta que, por fin, Alejandro IV confirma la propiedad de las cátedras que ya poseían los frailes mendicantes. Fray Tomás demuestra su agilidad polémica, capacidad de penetración en los problemas y certera precisión en los conceptos: escribe, en respuesta al libelo de Guillermo de Saint-Amour su Opúsculo “Contra impugnantes Dei cultum et religionem”.

Una vida intensa, movida, profunda y expansiva. Una figura determinante en la historia del pensamiento, un hombre sólido, firme base de la teología permanente.

Creador de un sistema llamado y conocido por “tomismo”, y que no es otra cosa que un humanismo cristiano que elogia la vida, el ser, la individualidad y que elogia a Dios. Chesterton ha escrito que el tomismo es, sencillamente, la filosofía del sentido común.

Este es Tomás de Aquino: fraile predicador, observante de la vida monacal: silencio, estudio, comunidad fraterna, oración coral, trabajo intelectual y docente, predicación de la Palabra de Dios, vida interior, contemplación... Dios le concedió lo que le pedía. Se conserva el texto de una plegaria compuesta por Fray Tomás que más parece la descripción de su talante moral y espiritual:

“Hazme, Señor Dios mío, -reza la oración- obediente sin contradicción, pobre sin mezquindad, casto sin perturbación de la pureza del alma, paciente sin lamentaciones, humilde sin simulación, sereno sin pasividad, riguroso sin rigidez, activo sin ligereza, sincero sin doblez, celoso de las buenas obras sin exceso, caritativo sin soberbia ni hipocresía. Dame, Señor, un corazón vigilante que no se aleje de Ti; un corazón noble, un corazón recto, un corazón firme que no se quebrante ante la tribulación, un corazón libre que no se deje vencer por pasión alguna violenta”.

Este es Tomás de Aquino: universitario por los cuatro costados, hombre comprometido con su tiempo, abierto a toda verdad, racional, realista, universal, renovador y tradicional, polémico y cordial, viajero, lector de heterodoxos, estudioso y publicista, contemplativo y predicador. Y siempre, desde sus diecinueve años, un dominico sensacional “que brilló en santidad y sabiduría”.

